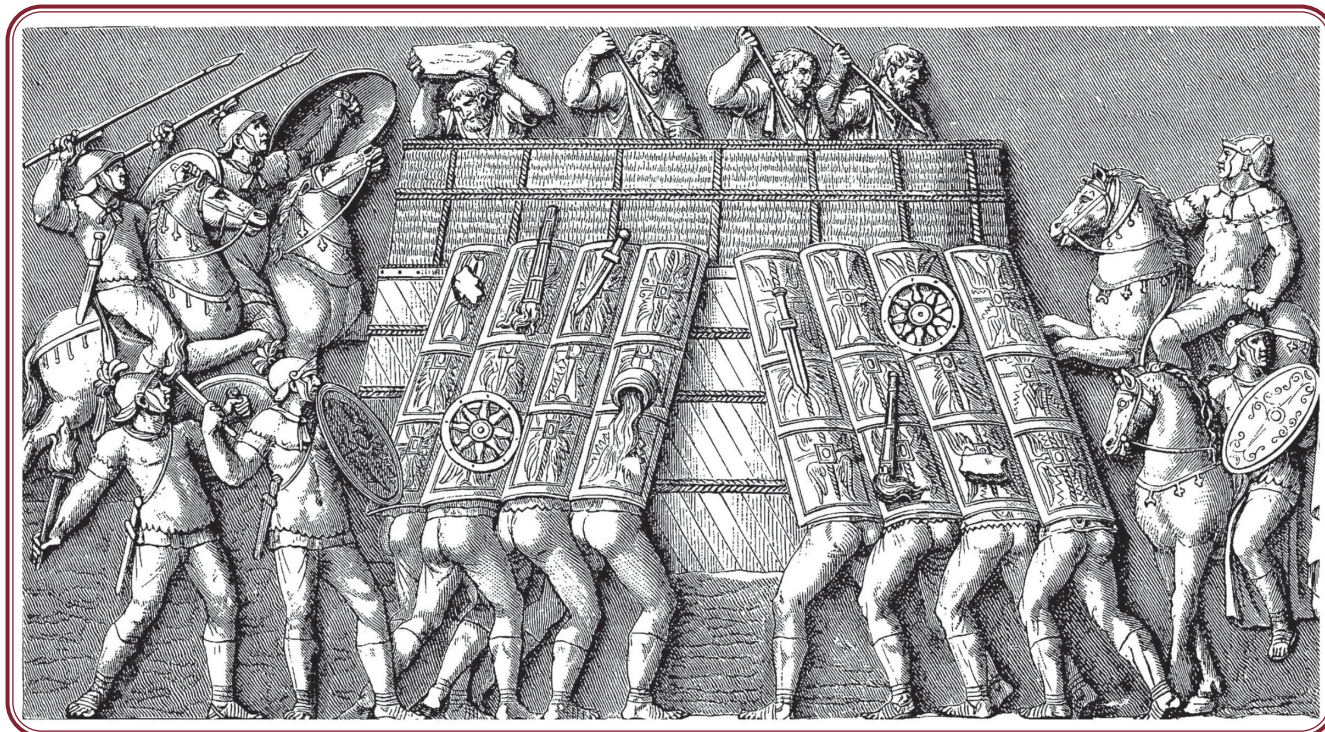


LITERATURA



LA GUERRA DE LAS GALIAS: ALESIA, EL ÚLTIMO BASTIÓN (Y III)

Por

BARTOLOMÉ SEGURA RAMOS
Universidad de Sevilla

Esta es la última entrega de nuestra aportación a la revista de los Amigos de los Museos sobre la guerra de las Galias. Las dos precedentes fueron la de 2018, n.º 20 de la revista (pp. 184-188), y la de 2019, n.º 21 de la misma (pp. 184-186), artículos que convendría tener presentes para entender mejor este último trabajo sobre el mismo asunto.

En cualquier caso, no está de más recordar que esta guerra de conquista y exterminio de lo que andando el tiempo serían Francia, Bélgica y Holanda, llevada a cabo por el general más prestigioso de la historia de Roma (en especial porque él fue quien asestó el golpe definitivo a la República romana, que había durado cuatrocientos sesenta años, inaugurando de este modo un cambio de régimen, a saber, el Imperio, que, a su vez, habría de durar otros cuatrocientos y pico de años), Gayo Julio César, se extendería a lo largo de ocho años (58-50), de manera que, salvo algún foco de resistencia ulterior, ese amplio territorio vendría a formar parte asimismo del poder romano, sumándose a la ya conquistada España (*Hispania*), que entonces correspondía plenamente a la península ibérica (España y Portugal), con la denominación originaria de *Hispania Citerior* e *Hispania Ulterior*, subdividida a su vez, posteriormente, en *Hispania Tarraconensis*, *Lusitana* y *Baetica*, siendo esta última, sensiblemente, nuestra Andalucía y el Algarve portugués.

G. J. César (101-44 a. C.) era de familia noble (los *Iulii*), emparentada, al menos míticamente, con la diosa Venus, y fue pretor en el año 61, ejerciendo su oficio como tal precisamente en la Bética, y cónsul en el 59, para, a continuación,

de conformidad con el pacto (triumvirato) con Pompeyo y Craso, marchar como procónsul y para una duración de cinco años a las Galias de la que venimos hablando y a la que estamos dedicando estos trabajos.

Recordemos sucintamente que las antiguas Galias estaban divididas fundamentalmente en tres partes, a saber, belgas, al NE, galos en el centro, y aquitanos, en el SO, representada cada parte por múltiples pueblos o ciudades-estados, en número, por ejemplo, de quince en el caso de los belgas, y de cincuenta en el de los galos. Y también que los eduos, los arvernos y los alóbroges, junto a los helvecios fueron, en general, los pueblos más poderosos de este conjunto de ciudades que a sí mismas se denominaban *celtas*, excepto los aquitanos que, a diferencia de galos y belgas, no eran celtas (o *galos*, según la denominación romana).

Salvo algún que otro contratiempo, la conquista de las Galias se llevó a cabo sistemáticamente a lo largo de los seis primeros años, así que en el otoño del 53 César, creyendo que todo el trabajo estaba ya hecho, marchó tranquilamente (como cada año, por lo demás) a Roma, para proseguir con sus incasantes maniobras tendentes a mantener o aumentar su poder político. Mas, como ya indicamos en la última entrega, titulada precisamente «El levantamiento del 52», en dicho levantamiento los galos se conjuraron para alzarse contra Roma y reconquistar su libertad, alzamiento que cogería completamente por sorpresa al victorioso general romano.

Pronto, a principios de año, estando ya nuestro procónsul en Roma, empezaron a llegar a la capital alarmantes noticias que hablaban de una revuelta general en las Galias. Además,

el 18 de enero había sido asesinado en Bovilas (el actual Castelgandolfo), a unos dieciséis kilómetros de Roma, Publio Clodio, del partido de los populares, amigo del futuro dictador, a manos de T. Annio Milón, defensor de los optimates, personaje en el que Cicerón, por ejemplo, tenía puestas todas sus esperanzas para que fuese cónsul ese mismo año del 52. Por esta razón, el senado había decretado el reclutamiento de varias legiones, de manera que el propio César reclutó un par de ellas en la Galia Cisalpina (entre los Alpes y el río Po), que, como su nombre indica, era también una región predominantemente gala (por lo que nuestras Galias recibían el nombre de *Galia transalpina*).

Así que, enterado César del gran peligro que corría la obra por él llevada a cabo durante tantos años, determinó ponerse de inmediato en movimiento con sus dos nuevas legiones hacia las Galias. Era invierno y las dificultades que la nieve y la lluvia creaban resultaban inmensas: nunca se había guerreado en invierno (los clarines de la guerra sonaban en primavera y su melodía duraba hasta bien entrado el otoño). Ahora bien, esta, la nieve y el frío del invierno, era una de las claves con que contaban los sublevados.

César cruzó el monte Cevena (en la Occitania francesa, al SE del país) en el mes de febrero, sorprendiendo con esta gesta al enemigo. El plan de este consistía en aislar al general romano, atacar la Provenza y neutralizar a T. Labieno, el más capaz de los lugartenientes del procónsul.

César contaba con diez legiones (unos cuarenta mil hombres), la caballería germana (superior a la gala y, por supuesto, a la romana), la caballería hispana y la de los aliados eduos, la infantería nómada (africana), los arqueros cretenses y los honderos balears. El jefe de la artillería o ingenieros era Mamurra de Formias. Su Estado Mayor estaba constituido principalmente por los generales Tito Labieno, Marco Antonio (pariente del propio César), Gayo Trebonio (corresponsal de Cicerón), Quinto Tulio Cicerón (hermano del orador), Décimo Junio Bruto (uno de los futuros asesinos del dictador), Gayo Fabio, Tito Sextio, Gayo Antistio Regino, Gayo Caninio Rébilo.

El alzamiento general galo se fraguó en la capital de los eduos, Bibracte, y fueron ellos, los eduos, los que pretendieron liderar el movimiento. Pero los pueblos galos reunidos en asamblea votaron a favor de un viejo conocido y, como narra Casio Dion (XL 41, 1), antiguo amigo de César, el arverno Vercingetorige («gran rey de los valientes»), quien, a sus veintiocho años se impuso a los eduos Eporedorige y Viridómaro, jóvenes ambiciosos y de talento, que tuvieron que someterse a la voluntad popular. Bien es verdad que los eduos, amigos del pueblo romano y de César, nunca estuvieron plenamente comprometidos con el movimiento y mantuvieron una actitud equívoca a lo largo de la guerra. No todos los pueblos galos, sin embargo, se sumaron al movimiento; faltaron los remos, los língones y los tréveros.

Antes del combate decisivo hubo a lo largo de este invierno del 52 varios enfrentamientos, consistentes, por lo general, en asedios y asaltos de ciudades, entre César y los líderes celtas. A algunos de ellos nos hemos referido ya en el artículo precedente. Resumimos aquí: durante el mes de febrero, César y Vercingetorige se enfrentan en: a) *Velonoduno* (quizá Montargis); b) *Cénabo* (Orléans), capital de los carnutes, promotores, por cierto, del levantamiento. Durante el mes de marzo, en: c) *Gorgóbina* (La Guerche), capital de los boyos;

d) *Novioduno* (Nevers). En marzo-abril: e) *Avárico* (Bourges). En mayo-junio: *Gergouia* (Gergovie). En todos estos asedios pierde Vercingetorige, excepto en el más sobresaliente de Gergovia, donde César sale trasquilado.

César pasa ahora un mes entero inactivo (entre junio y julio). Vercingetorige entretanto ha enseñado a los galos disciplina y trabajo. Cuenta con 80000 hombres: «Buenos tiradores, buenos ingenieros, que sabían defender una ciudad, asaltar un campamento y construir una trinchera» (Camille, HG III, p. 492). El valiente arverno (de la Auvernia u Auvergne actual, cuyas ciudades más conocidas son Vichy y Clermont-Ferrand) intenta atraerse a los alóbroges, el pueblo más poderoso del Midi, aliados tradicionales de los arvernos, objetivo que queda sin alcanzar. Por lo demás, la táctica que Vercingetorige aspira a emplear es la de no enfrentarse a César cara a cara, sino mediante la táctica de guerrilla y el recurso a la «tierra quemada».

En BG VII 66, 7 César narra el juramento de la caballería gala de Vercingetorige (unos 15000 jinetes). Dice así: «Claman los jinetes que procede corroborar mediante juramento que el que no haya cabalgado dos veces entre las filas enemigas no debe ser acogido bajo techo, ni tener acceso a sus hijos, a sus padres ni a su esposa».

Pero antes de refugiarse en Alesia, en el país de los mandubios, Vercingetorige comete un error de bulto, atacando a César y sus legiones a cincuenta kilómetros de dicha ciudad. Se trata de un combate de caballería, confiado Vercingetorige en sus 15000 jinetes, que el arverno desata contra el ejército de César, en su camino hacia Alesia. El lugar de la batalla no se ha podido establecer con exactitud (¿tal vez al norte de Dijon, junto al río Suzon, sobre la colina de Asnières?), pero de este combate tenemos una buena descripción en la obra de César (BG VII 67).

En dicho pasaje de su obra, César, que marcha hacia Alesia con sus legiones, cuenta que, al tener conocimiento del inminente ataque de la caballería gala, dispone la intendencia o logística (*impedimenta*) en el centro de la marcha, rodeada por las legiones, que toman posición en formación cuadrangular: tres legiones delante y tres detrás; más dos legiones a la derecha y dos legiones a la izquierda. Además, el procónsul romano coloca la caballería (en especial la germana, unos cuatrocientos jinetes) delante de las legiones, conformando las alas derecha e izquierda del frente. La caballería gala atacó por delante a las primeras legiones, pero un ataque de flanco de los grandes jinetes germanos la obligó a dispersarse, siendo perseguida por los romanos, que causaron un gran estrago en las filas enemigas. Además, fueron hechos prisioneros tres importantes nobles eduos: Coto, Cavarilo y Eporedorige el Viejo.

Ya hemos dicho que Vercingetorige contaba, para hacer frente a César, con 80000 hombres, más la caballería gala, todos los cuales se encierran en Alesia, a la espera del ataque romano. En el transcurso del asedio, el general arverno pedirá que parte de la caballería salga del cerco y reclute el mayor número posible de soldados del resto de las Galias. En su momento, este ejército de socorro (unos 240000 hombres) llegará también a las proximidades de Alesia, donde acampará dispuesto a impedir que César tome la ciudad mandubia, donde se ha hecho fuerte Vercingetorige.

César narra el desarrollo de este asedio, que comienza a finales de julio y termina a mediados de septiembre (unos 42 días de duración) en los capítulos 68-89 del libro VII.



Alesia (o Alisia), es decir, la actual Alise-Sainte-Reine, se halla situada en el monte Auxois, en una cota de 418 metros sobre el nivel del mar y de 160 metros sobre la llanura circundante, no lejos de la Côte d'Or. El espacio habitable abarcaba en aquellos días unas 97 hectáreas (el campamento de una legión ocupaba entre cinco y seis hectáreas), y en ese reducto debían convivir durante los treinta días de asedio que habían calculado los jefes galos, a tenor de las provisiones de alimentos y agua de que disponían, los 80000 soldados y la población de esta ciudad de los mandubios.

Alrededor de la ciudad (*oppidum*) se localizan los siguientes accidentes geográficos: a) dos riachuelos (que César, exagerando, denomina *rios*: cap. 69, *duo flumina*), que son, a saber, el Ose (al norte de Alesia) y el Oserain, más largo, al sur de la ciudad; b) una vasta llanura (*planities*) de 4500 metros de larga, la denominada de las Laumes, al SO; y c) varios montes de igual o similar altura que el de Auxois (*colles pari altitudinis fastigio*), donde se asentaba Alesia, los más significativos de los cuales, desde el punto de vista de la acción bélica, son: 1) Flavigny, al S., en una cota de 421 metros; 2) Mont Réa, al NO, en una cota de 386 metros; 3) Bussy, al NE, en una cota de 426 metros, y 4) el monte de Mussy-la-Fossé, al SO, de 429 metros de cota e inoperante al comienzo del asedio, pero relevante más tarde porque en él acampará el nutrido ejército de socorro. Todavía, aunque vagamente aludidos y de escasa o nula significación en el desarrollo de la guerra, se cuentan los montes Menétreux, al NO, Gresigny, al N, y Penneville, al SE.

El general romano erige dos muros en torno a Alesia: una circunvalación de 21,5 kilómetros de perímetro (muro exterior) y una contravalación de 16,5 kilómetros (muro interior). Los montes Réa y Mussy-la-Fossé, decisivos en el transcurso del asedio, quedan fuera de este recinto.

Entre los dos muros se trazan dos fosos de 6 metros de ancho por 2,70 metros de profundidad, el más cercano de los cuales a Alesia se rellena con agua, derivada del Oserain, y el otro se dota de estacas y ganchos ocultos en la tierra, donde en el desarrollo de los combates quedarán ensartados los defensores galos.

Los romanos se establecen en ocho campamentos alrededor del *oppidum*, situando el campamento principal en las faldas del monte Flavigny, al S de la ciudad, como ya hemos indicado. En el monte Réa colocan dos legiones, y probablemente alguna también en el monte de Bussy. Por otra parte, de 750 en 750 metros, los asaltantes disponen hasta 23 reductos (*castella o praesidia*), con capacidad para cuatro cohortes (1600 hombres), cada uno.

Por su parte, los galos asediados, con Vercingetorige y su primo Vercasivelauno a la cabeza, levantan un muro entre el monte Auxois, donde se ubica Alesia, y el monte Penneville.

Mientras los romanos trabajaban aún en el levantamiento de la circunvalación, la caballería gala ataca a la romana en la gran llanura de las Laumes (cap. 70), a la que nos hemos referido anteriormente. César dispone sus legiones delante del campamento principal por si la infantería gala descien- de también al combate, y solo cuando los jinetes germanos entran en acción, retroceden los galos, que son perseguidos hasta sus propias fortificaciones. De modo que, como vemos, en un breve espacio de tiempo, Vercingetorige pierde dos combates sucesivos de caballería.

Es después de esta nueva derrota cuando Vercingetorige despacha a algunos nobles galos para que recluten soldados en toda la Galia, aprovechando el hueco en el muro de circunvalación que los romanos no han podido aún taponar, en la vecindad del monte Réa (cap. 75). Cuando las fuerzas de socorro, al mando del atrebat Comio, los eduos Viridómaro y Eporedorige, y el arverno Vercasivelauno, llegan (cap. 76), las fuerzas enemigas galas suman otros 240000 hombres, más 8000 nuevos jinetes. Llegan, dice César (76, 5), llenas de entusiasmo (*alacres*).

Los recién llegados se instalan en el monte de Mussy-la-Fossé, y al día siguiente comienza una nueva batalla

ecuestre en la llanura de las Laumes que dura cinco horas (desde mediodía al atardecer) entre los jinetes que acaban de llegar y la caballería romana, combate contemplado (como en un anfiteatro) por las legiones romanas de un lado y los galos encerrados en Alesia (pues había una excelente vista desde el monte Auxois a la llanura, con un desnivel de 160 metros, como dijimos anteriormente), por el otro, y que termina, como otras veces, cuando César decide lanzar a la caballería germana.

El siguiente combate tuvo lugar días después. El ejército de socorro atacó de noche, progresando por la llanura que ya conocemos, a ciegas, y atravesando zonas con toda clase de trampas. Vercingetorige saca también a sus tropas, pero al ver que los atacantes del exterior retroceden, se vuelve a Alesia, sin entrar prácticamente en combate.

A la vista de los sucesivos fracasos, los galos lanzan un nuevo ataque, ahora por el monte Réa. Vercasivelauno con 60000 hombres, dando un gran rodeo y caminando desde la puesta del sol hasta la salida del mismo, se instala detrás del monte Réa, posiblemente, en el Menétreux. El plan consistía en que, a la hora del mediodía, tanto él, Vercasivelauno, como el resto del ejército acampado en el Mussy-la-Fossé, atacasen simultáneamente a los romanos. César se coloca en un extremo del monte Flavigny, desde donde divisa a los asediados de Alesia (a su derecha), a los galos del ejército de socorro (a la izquierda) y, a través de los cinco kilómetros que, en línea recta, le separaban de Mont Réa, a Vercasivelauno y sus hombres.

Vercingetorige se pregunta por qué el ejército de socorro no se emplea a fondo (de haberlo hecho, César habría perdido la batalla y, de paso, la conquista de las Galias; pero unos 160000 hombres, nada más oír gritos de derrota, salieron huyendo y abandonaron Alesia). Solo resiste Vercasivelauno. César manda a Labieno hacia el monte Réa, y cuando Vercingetorige avanza hacia la montaña de Flavigny, envía sucesivamente a Décimo Junio Bruto y luego, a Gayo Fabio, y él mismo se aproxima con la legión X (una legión de élite). Entonces, Vercingetorige recula y el general romano enlaza con Labieno. Cuando los galos de Vercasivelauno divisan a la caballería romana (en realidad, la germana), al saberse rodeados, huyen en desbandada. Vercingetorige regresa a Alesia y comprende que ha perdido la guerra. Los romanos ejecutan, como de costumbre, una carnicería, la más grande de los ocho años de guerra en las Galias. CJ (*Vercingetorige*, p. 301) recoge la frase de Plutarco (*César*, 27): «El gran ejército de la Galia se había disipado como el espectro de una noche de pesadilla» [*hōsper eídōlon ê ōneiron*].

Vercingetorige, hecho prisionero de guerra, fue llevado a Roma, donde se le mantuvo vivo hasta el año 46, en que fue ejecutado. Los historiadores franceses lo enaltecen: en solo ocho meses de liderazgo de su pueblo llevó a cabo numerosos combates, soportó tres asedios y hasta el final hizo dudar a César de su victoria. Suele compararse a Aníbal y Mitridates (el rey del Ponto), y, según CJ, es el equivalente celta al romano Camilo (Furio Camilo), el griego Nicias (de la guerra del Peloponeso) y al hebreo Josué.

Afirma CJ (*Vercingetorige*, 308): «La historia de la conquista de la Galia casi se resume en dos escenas de incomparable grandeza: el trofeo levantado por Mario (en el 102, tras vencer a cimbrós y teutones, Mario, vestido de púrpura, levanta al cielo una antorcha encendida) y la rendición de Vercingetorige (cincuenta años después, en que César ofrecía a los dioses de su patria “el más noble trofeo de una victoria: el rey de los vencidos”)».

APÉNDICE

Cuando en abril del año 59 de nuestra era, Agripina, madre de Nerón, es asesinada en Bayas, en el golfo de Nápoles, por orden de su propio hijo, este, lleno de remordimientos, se aleja del lugar del crimen. Tácito, quien narra el suceso

(*Anales*, XIV 10), dice: «Como el aspecto de los lugares no cambia como lo hacen las caras de los hombres, y [Nerón] tenía ante sus ojos la visión de aquel mar y de aquella costa, se retiró a Nápoles».

«El aspecto de los lugares no cambia». Ello, el estudio arqueológico (que descubre el «aspecto de los lugares» a través del tiempo), constituye una buena parte del interés cultural de esta revista de los Amigos de los Museos de Osuna. Por ello, en su honor, queremos terminar esta pequeña serie de trabajos sobre la Guerra de las Galias recogiendo algunas muestras de la verdad que encierra la frase de Tácito y que corroboran los trabajos de tantos ilustres colaboradores de la presente revista.

- A) En el capítulo 67, César describe la situación de Alesia (de donde, por cierto, procede el nombre actual del monte en que se asienta, el *Auxois*). CJ afirma (p. 503): «Hay conformidad exacta de los lugares con las descripciones de César».
- B) El perímetro de la contravalación (o muro interior) tiene, como hemos visto, una longitud de 16,5 kilómetros. Pues bien, conforme a las mediciones modernas, la contravalación (o *circuitus*), que sigue el bajo de las colinas del recorrido, comenzando en la llanura de las Laumes, responde a esa magnitud con absoluta precisión.
- C) Como ya hemos visto, César levantó alrededor de Alesia 23 fortines o reductos, según narra el general romano en el capítulo 69. Pues bien, Napoleón (III) ha confirmado la medida que César da (750 metros de separación unos de los otros), si bien dichos *castella* han dejado pocos restos.
- D) Igualmente, de los ocho campamentos que dice el autor que construyó, de tres al menos, dos situados en el monte Flavigny (al S) y uno en el de Bussy (al NE), han quedado trazas.
- E) En el capítulo 72, el autor del Comentario de la Guerra de las Galias nos informa de que ha excavado dos fosos. Uno de ellos, el de la contravalación, ha sido descubierto, y sus medidas responden a las que se dan en la obra, es decir, seis metros de anchura por 2,70 metros de profundidad.
- F) Más curioso aun resulta el dato siguiente: según dijimos más arriba, uno de los fosos excavados por los romanos fue rellenado de agua procedente del arroyo que en la actualidad se denomina Oserain (u Ozerain), resultando que se ha conservado, en el interior del foso que se llenó de agua, la gravera depositada por el riachuelo.
- G) En el cap. 73 se habla de cabillas y anzuelos ocultos en la tierra, como trampas frente al enemigo. De ellos ha sido encontrado cierto número en las excavaciones.
- H) También sabemos que el Ejército de Socorro galo acampa en el monte de Mussy-la-Fossé, a una distancia de no más de 1500 pasos o una milla romana (cap. 79: *non longius mille passibus ab nostris munitionibus*) de las fortificaciones romanas: y esa es exactamente, a saber, un kilómetro y medio, la distancia que hoy se observa entre uno y otro punto.
- I) La última batalla se riñe en el monte Réa, al NO de Alesia; allí, al otro lado del arroyuelo llamado Ose u Oze instalaron los romanos dos legiones, y «el lugar está tan netamente indicado por César que se ha reconocido a la perfección» (CJ, p. 523).
- J) Dicha última batalla fue de una violencia extrema, por lo que ha sido descubierta una cantidad enorme de armas, huesos y monedas en el lugar de la batalla (monte Réa, al NO de Alesia).

Finalmente, repetimos las referencias de las obras de C. Jullian (CJ) aludidas en el presente trabajo, y que ya fueron recogidas en la anterior colaboración:

JULLIAN, Camille: *Histoire de la Gaule*, III, París, 1920 (= 1909).
— *Vercingétorix*, París, 1901.

Imagen de p. 182: *Julio César* por RUBENS.



LA POESÍA DE ELOY REINA SIERRA EN SU CONTEXTO

Por

JOSÉ MARÍA BARRERA LÓPEZ

Profesor titular acreditado de Universidad y
catedrático de Enseñanza Secundaria

*A mi nieta Blanca Barrera Reyes,
en su primer aniversario.*

Otro capítulo olvidado y muy importante de la poesía ursaonense del pasado siglo XX, más allá de la vanguardia histórica (Pedro Garfías, José María Rodríguez Jaldón) y del primer momento de la posguerra (Antonio Pedro Rodríguez-Buzón Pineda, Juan J. Rivera Ávalos, Antonio González Fajardo), se localiza en la década de los 50 y 60. Sin él, no puede entenderse la evolución de este género literario —en la localidad— hacia otras estéticas posteriores.

Dentro de un amplio grupo y perteneciente a la segunda promoción de posguerra (los nacidos aproximadamente entre 1921 y 1935), Eloy Reina Sierra (La Roda de Andalucía, 1933) ha compartido generación —en la ciudad donde vive, Osuna— con pintores como Rodolfo Álvarez Santaló (1933-2008) o Cristóbal Martín Fernández (1931-2019), periodistas como Rafael González Rodríguez-Rojas (1932-2013), poetas como Enrique Soria Medina (1935-2014), Juan Pachón Cordero (1921-1964) o Manuel Cruz Romero (1930-2008), abogados y ensayistas como Juan Camúñez Ruiz (1932-2012), músicos como José Romero (1936-2000), novelistas como Emilio Mansera Conde (1929-1980) o Juan María Mansera Conde (1932-1972), profesores de teatro y actores como José María Rodríguez-Buzón Calle (1939) y gestores culturales e historiadores del arte como Manuel Rodríguez-Buzón Calle (1933-1984).